

A Pedro Peira de Pablo Peira

Con motivo del Homenaje que el Departamento de Filología Románica hace a mi hermano quisiera que estas palabras fueran una manifestación de mi afecto.

En mi trayectoria profesional hubo una serie de años que estuve dedicado a la docencia y comprobé que no era nada fácil ser un buen docente universitario. Que esta tarea implicaba no sólo el tiempo de estudio e investigación, sino también suponía estar próximo al estudiante, dedicarle tiempo, encaminarle por el camino del estudio a enfrentarse con el mundo, entre otras muchas cosas. Para mí el profesor universitario de la vieja escuela, de esa escuela que creaba discípulos y maestros estaba en vías de desaparecer. Los jóvenes profesores no tenían ese espíritu de sacrificio y dedicación que caracterizaba a los grandes maestros.

La enfermedad de Pedro nos aproximó y pasamos muchos ratos charlando de cosas variopintas. De pronto, con esas conversaciones descubrí que, quizá, estaba equivocado. Que aún quedaban profesores jóvenes dedicados por entero al mundo universitario. Pedro me presentaba ese mundo que yo creía estaba acabado. Con su forma de hacer, siempre modesta y rodeada de la más sincera humildad, me presentaba a sus amigos, muchos de ellos discípulos, que le apreciaban y se percibía también la admiración hacia quien les había dirigido y encaminado por el buen hacer universitario. Pero lo que más me llamó la atención fue descubrir que no había perdido la ilusión después de tantos años de dedicación a algo que, en muchas ocasiones, le había provocado problemas, desequilibrios y desesperanzas. Para él seguía mereciendo la pena luchar por lo que creía: una universidad más humana, donde la mezcla de intereses personales y ambiciones impedían en muchos momentos realizar una labor universitaria digna. Me contó cosas diversas, interesantes, divertidas. Infinidad de anécdotas

que manifestaban su dedicación completa al mundo universitario con un gran entusiasmo.

En los pocos y largos meses que duró su enfermedad demostró unos deseos de combatir hasta el final siempre con la idea de que él vencería. Poco a poco se iba yendo y yo, poco a poco, iba viendo que, aunque bastante joven, Pedro había conseguido ser lo que yo creía ya extinguido: un profesor, un maestro universitario que en el quehacer cotidiano seguía enseñando. Gracias Pedro por todo lo que aprendí contigo.